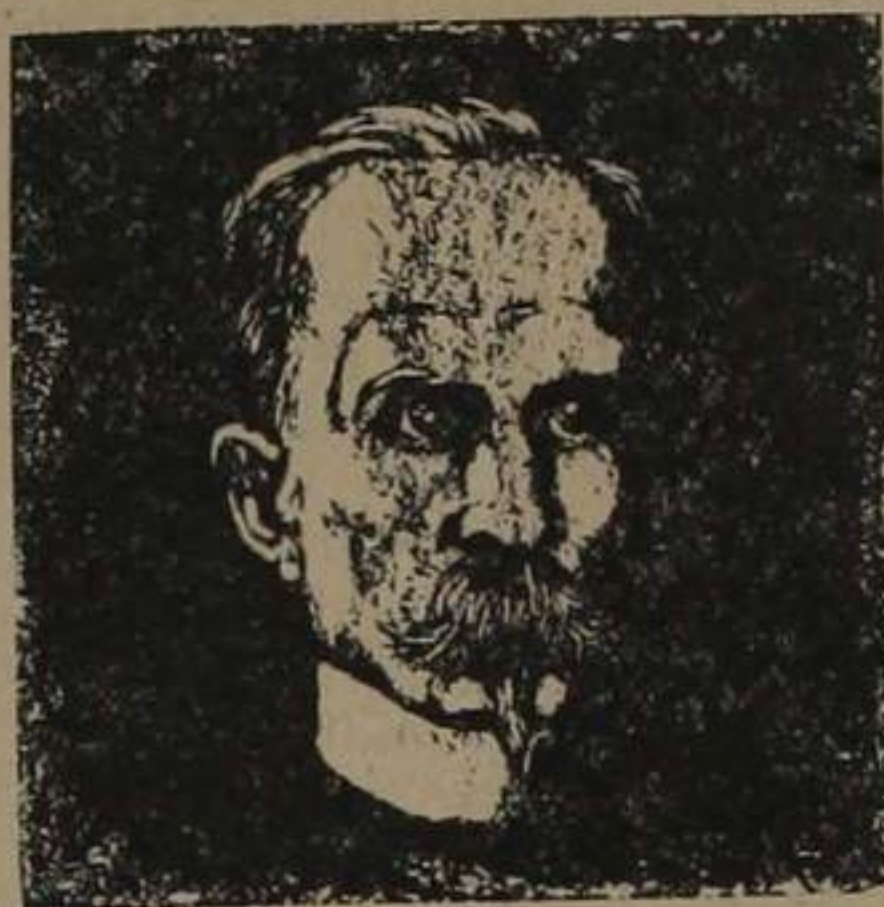


DESPUÉS de haber adquirido gran relieve por los años de 1905 a 1909 entre los hombres de ciencia, entre los literatos aficionados a las disciplinas científicas, como Remy de Gourmont, y entre los filósofos extraños a la tutela académica y oficial, como Jules de Gaultier, después de haber visto su obra primordial, *L'eau de mer*, comentada en revistas de todo género y explicada a los públicos semiletrados por la palabra elegante y autorizada de popularizadores tan competentes como Dastre, René Quinton había desaparecido del escenario científico (la ciencia tiene también su tablado), para mostrarse empeñado en obras de salubridad o cuestiones de cálculo rápido.

Al leer la noticia de su muerte, los que le conocían tan sólo por su obra fundamental o por su *Ley de constancia original*, e ignoraban sus otras actividades, han debido preguntarse: ¿Vivía aún? En el eclipse y reaparición de su nombre se verificó el teorema de la doble personalidad, y en esto tal vez estribe el interés que ha de despertar su muerte en los medios literarios y científicos. René Quinton, el hombre de ciencia, desapareció súbitamente. Al cabo de cierto tiempo surgió un personaje del mismo nombre, que se ocupaba en la organización de hospitales para niños, y más tarde otro que daba reglas matemáticas para competir con la supuesta habilidad de Inaudi, el gran calculador italiano. La creencia en los especialistas se ha convertido en una superstición popular. Un hombre que se entrega al cultivo de varias disciplinas se desacredita o se bifurca en la imaginación de las gentes.

En tiempos de Miguel Angel, un hombre podía hacer frescos gloriosos, tallar mármoles tan duraderos como el tiempo y plasmar sonetos que repiten todavía los extranjeros para mostrar el alto relieve de su información literaria. En los días del especialismo, está desacreditado el obrero que hace a un mismo tiempo la punta y la cabeza del alfiler. Ha de consagrar todo el vigor de sus potencias mentales a una sola cosa. Escrita su obra sobre el agua de mar y formulada su teoría sobre la constancia original, René Quinton, según el concepto de los hombres de ciencia contemporáneos, ha debido continuar en un doble empeño: buscar, de un lado, con todo el fervor de un convencido, los hechos y datos que podían servir para apuntalar su teoría; y adelantarse a sus contradictores posibles investigando los hechos o fenómenos que pudieran acumularse, con el objeto de invalidar sus



## René Quinton

(Dibujo de SIRIO).

principios. Iluminar aquéllos y desvanecer el mérito probatorio o científico de éstos, era, en el verdadero rigor de la carrera científica, labor suficiente para toda una vida. En vez de esto, René Quinton se puso a estudiar cálculo, a aplicar sus descubrimientos al uso del suero en el tratamiento de ciertos accidentes y, por último, se entregó a la tarea de favorecer la aviación sin motor y a ofrecer premios a los más aventajados en los experimentos de este género. Cuando murió para el Registro Civil ya había muerto para la ciencia, y de un modo lamentable, porque la primera defunción tuvo caracteres de suicidio premeditado y en pleno uso de sus facultades.

Su muerte real va a ser un género de resurrección. El telégrafo ha difundido la noticia por todos los ámbitos del globo. Ahora vendrán los indiscretos cronistas de diarios y los articulistas de semanarios y revistas mensuales a enseñarle al público que el nuevo Mecenas de la aviación sin motor era, por un error del destino manifiesto de los individuos, el mismo que había analizado minuciosamente las propiedades químicas del agua de mar, su valor exclusivo como medio vital y había hallado en esos estudios la manera de probar, primero, que todos los seres vivos vienen del mar, y luego, que la concentración salina de la sangre y la temperatura del cuerpo en cada especie ofrecen datos más o menos imprecisos para determinar la época en que abandonó la vida marítima. De este modo se muestra que no es el hombre el último llegado a tierra firme, ni el organismo más perfecto entre los demás animales, sino el ave misteriosa que nos precedió en la conquista del aire, sin romperse la crisma a cada mo-

mento por inadecuada acción de cualquiera excéntrica.

La obra de René Quinton no puede resumirse en dos columnas de un semanario. Pero la tarea está hecha en obras muy conocidas. Jules de Gaultier, con la claridad astral de su estilo, ha expuesto en dos obras suyas la ley de constancia original. En *La dépendance de la Morale et l'Indépendance des Moeurs*, primero, y más tarde en *Comment naissent les Dogmes*, el filósofo del Bovaarismo expuso y comentó ampliamente las doctrinas de Quinton. Por su parte, Remy de Gourmont, espíritu abierto a todas las sugerencias del mundo de las ideas, se apoderó de la noción fundamental de Quinton para plantear a su turno, en aquella forma insuperable y fascinadora del filósofo y del popularizador, mezclados en dignas proporciones, su *Ley de constancia intelectual*, tan llena de seducciones como rica de puntos de vista inesperados y fecundos. En ese mismo volumen, el solitario de los bulevares hace, bajo las especies de un artículo de revista intitulado *la Rebelión del vertebrado*, un análisis de la ley quintoniana, ante las afirmaciones de la teoría evolutiva, para concluir que, lejos de contradecirla, como piensan algunos, le sirve de apoyo y de sustento.

Gaultier concentra en dos páginas la teoría de Quinton: «¿En qué consiste, exactamente, se pregunta, la ley de constancia propuesta por Quinton? En esto: que la célula viva tomada como sustituto concreto de esta entidad general que es la vida, requiere para su aparición y conservación condiciones fijas de temperatura, de composición del medio químico, de grado de concentración de este medio y de otras, sin duda, que Quinton no ha estudiado aún o que ha indicado solamente, tales como las condiciones luminosas, pero cuya intervención en la génesis y en la conservación del fenómeno biológico es, por lo menos, probable. Se sabe que en nuestro planeta la temperatura fué en otras edades demasiado elevada para que la vida fuese posible, que la vida no apareció sino cuando, con el tiempo, al enfriarse el globo, la temperatura bajó al nivel requerido. Se sabe, además, que después de esta primera aparición de la vida el enfriamiento, acentuándose de una manera progresiva, modificó las condiciones térmicas, cuya permanencia era reclamada por la célula. La vida, imposible antes de que la tierra hubiese llegado a un cierto grado de enfriamiento, se encontraba en condiciones progresivamente menos favorables a medida que se